

Semblanza

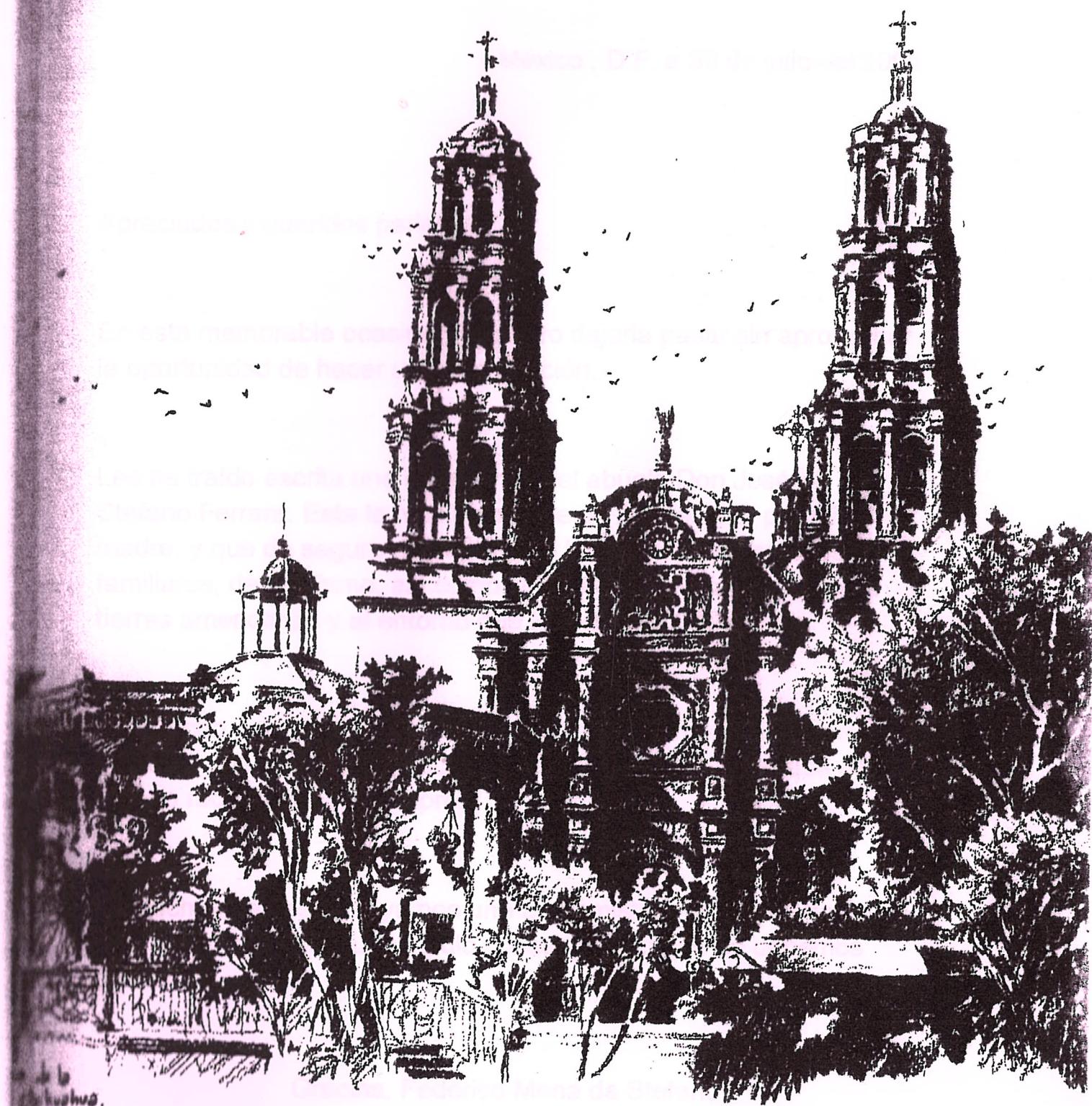
Don José de Stefano

Ferrara

Escrito por:

Blanca de Stefano Puppo

Luis René De Stefano Conde



México , D.F. a 30 de julio del 2008

Apreciados y queridos parientes:

En esta memorable ocasión, no quiero dejarla pasar sin aprovechar la oportunidad de hacer una contribución.

Les he traído escrita una semblanza del abuelo Don José de Stefano Ferrara. Esta la he plagiado de un libro escrito por mi madre, y que de seguro despertará su interés. Narra aspectos familiares, de él mismo, así como su partida de Italia , su arribo a tierras americanas y el entorno que lo rodeó en Chihuahua.

Aprovecho para agradecer la invitación que me hizo Luis René y el esfuerzo que ha desarrollado para este cónclave familiar que de seguro recordaremos siempre.

A muchos de nosotros ya nos une una amistad; pero superior a todo esto nos enlaza un vínculo consanguíneo que no debemos olvidar.

Gracias, Federico Mena de Stefano

UNAS PALABRAS MAS SOBRE
LA FAMILIA DE PAPA

ANTONIO DE STEFANO BRIGANTE

JOSEFA FERRARA FERIGNO

Mis abuelos nacieron en el Sur de Italia, muy cerca del luminoso Golfo de Salerno y de las bellísimas ruinas griegas de Paestum, (en tiempos antiguos, llamadas de Poseidonia), con magnífico esplendor destacan el foro romano y de 3 templos de un dórico estupendo, construidas en honor de Neptuno.

Padula, ese pequeño pueblo de mis antepasados, es poco conocido, (alejado de las rutas turísticas), a pesar de que tiene muchos siglos de vida. Está en lo alto de una montaña, su cielo es muy azul, el aire limpio y fresco y el panorama encantador, techos de tejas rojas, campanarios y los viñedos se multiplican en las laderas.

En la parte antigua, sus callejitas son retorcidas, angostas y empinadas, las casas viejas, con ventanas enrejadas y portones de madera carcomida, pero como todos los pueblos italianos, por modestos que sean, guarda tesoros artísticos de incalculable valor.

Sus Iglesias, el Convento de San Francisco, que data de 1380, con su campanario y su muy elaborada capilla, donde resplandece el oro. Enfrente, su Piazza medieval, con su columna de piedra enrejada, que es el símbolo de los paduleses.

Y no puedo dejar de mencionar, las ruinas de la soberbia Certosa (cartuja) de San Lorenzo de 1628, que está a los pies del caserío. Es monumental, el claustro es inmenso, la Iglesia, muy bien conservada, tiene el coro de madera labrada y su famosa escalera de mármol ensamblada, diseñada por el genio de Vanvitelli, una obra de arte e ingeniería. Las celdas de los monjes cartujos, son severas y estrechas, la orden era de silencio absoluto, solamente el fraile que les entregaba diariamente su pobre ración, les decía, sin levantar la cabeza, "recuerda hermano que tienes que morir". En sus jardines y huertas abandonadas, reina la soledad y el silencio.

Mis abuelos tuvieron una familia numerosa. Vivieron 10 hombres y 10 mujeres. Por tradición el primogénito llevaría el nombre del abuelo, y la primogénita el nombre de la abuela. O sea, en el caso de la familia de mis abuelos, al mayor se le llamaría Antonio y a la mayor, Josefina.

Mis abuelos eran gente sencilla del campo, desde sus antepasados se dedicaban al cultivo de la vid; el abuelo era un roble, activo y laborioso, infatigable, tenía que serlo, con tantas bocas que alimentar

y tantos pies que calzar... era alto, rubio y hermoso, enérgico, pero nunca injusto, se hacía respetar y no les permitía a sus hijos caprichos, ni desobediencias, con su ejemplo de gente decente, les enseñaba a ser integros y valerse por sí mismos, para que fueran hombres de bien. Mi padre se le parecía en lo físico y en lo moral.

Mi abuela era morena de ojos negros y profundos, menuda y austera, pero la firmeza de su carácter era inquebrantable. No supo de lujos, ni conoció el ocio; dedicó su vida entera a su familia, siempre atenta a su salud física y espiritual.

Papá hacía alegres recuerdos de su niñez, rica en incidentes amables, llena de calor familiar y armonía, que le aportaron en su vejez, serenidad, no se dejó abatir por los reveses de la fortuna, y con valor, aunque con cierta tristeza, aceptó los sinsabores de no disfrutar en sus últimos años, de la situación económica que merecía.

Los domingos su madre los hacía acicalarse y la respetable familia De Stefano, marchaba a la Iglesia Madre de San Francisco, ubicada en el centro del pueblo, para escuchar devotamente la misa de 12. Despues, solo los varones, podían quedarse a jugar con otros chicos en la Piazza principal, hasta un poco antes de la hora de la comida, pues a las 2 en punto, tenían que estar lavados y peinados, sentados en la enorme mesa del comedor, donde humeaban los plátanos de spaghetti, sazonados con espesa salsa de tomate y coronados de queso parmesano, rociados con el vino de la casa. El abuelo, como buen italiano decía que, *"comer era la esencia misma de la vida"*, papá siempre opinó lo mismo.

Mi padre y sus hermanos de ambos sexos, encarnaban todos los tipos, morenos de ojos oscuros, rubios de ojos claros, altos, bajos, flacos, gordos, pero casi todos guapos y cada uno con su personalidad. Eran una típica familia italiana que disfrutaba de una vida tranquila y sencilla en un hogar modesto, enriquecido por virtudes cristianas, mi abuela era la clásica mamá italiana.

Mi padre siempre hablaba de ellos con respeto, admiración y cariño, también recordaba a su maestro, un hombre bueno y paciente, siempre con el mismo traje de casimir barato, su camisa blanca con el cuello y los puños gastados y su corbata de moño. No solamente les trasmisía conocimientos y amor a su patria, sino también nobles pensamientos sobre la conducta humana que debían de seguir durante toda su vida.

En esa época en Italia y creo que en toda Europa, ninguna muchacha, por bonita que fuera no se casaba, si no aportaba algún caudal. Los varones De Stefano, primero los mayores y después los jóvenes, todos emigraron a América a hacer fortuna, (y todos lo lograron en mayor o menor escala), enviaron el dinero necesario para la dote de cada una de sus hermanas.

Mi padre tenía 18 años cuando abandonó Padula, para no regresar jamás. Su madre, como hizo con todos sus hijos, le dió la bendición en su casa, no quiso acompañarlo a la estación y verlo partir en el tren rumbo a Nápoles, para no deshacerse en llanto. Sabía que la ausencia de cada

hijo era definitiva. Nunca les pudo escribir, porque no sabía hacerlo. Tenía una inteligencia natural, y su sapiencia la había adquirido en el libro de la vida, le brotaba como manantial, porque su existencia era limpia y recta y su corazón noble y generoso.

Querida abuela, diez veces te desprendiste de los que más amabas, destrozada interiormente, cargaste en tus frágiles hombros un fardo de tristezas, pero jamás te abatiste y recorriste el camino con la cabeza erguida.

Una hermosa mañana de Octubre de 1890, con su flamante juventud y una valija de ensueños, papá contempló desde la cubierta del barco *EDDA*, la maravillosa Bahía de Nápoles, el gigantesco Vesubio, las lejanas Islas de Capri e Ischia, el puerto con su pintoresca muchedumbre y la comba del cielo italiano.

América, la tierra de promisión, a la cual no le fué fácil conquistar, cuando al fin lo hizo, lo estrechó entre sus brazos morenos y ya no lo soltó. Yace en su regazo amoroso.

En los bravios caminos de América se hizo hombre. Primero estuvo en Colombia, donde su hermano Constantino, que era franciscano, luchaba por convertir a los indios al cristianismo, (unos años después fué muerto cruelmente a manos de esos hombres, a los cuales, según él trataba de salvar).

Estando ya su tío, Don Antonio Ferrara, en Monterrey y en muy buena posición económica, ya que con otros dos hombres de empresa y de gran visión, habían fundado la Cía. de Fierro y Acero. También su hermano Filomeno ya estaba establecido y casado con una bellísima Srita. Bortoni, llegó a esa próspera capital norteña, que ofrecía tantas posibilidades.

Pocos meses después, no sé porqué, fué a parar a Sierra Mojada, Coahuila, donde abrió una pequeña tienda de abarrotes y entró de socio a una Cía. Minera que explotaba la mina "Trinidad".

Después se trasladó al Estado de Chihuahua, donde ya residía su hermano Antonio, casado con una dama mexicana, Asunción Flores (a la cual llevó a Padula, donde allí nacieron todos sus 6 hijos). Las dos mayores casadas, se quedaron a vivir en Italia y los dos varones y las dos mujeres, vinieron a vivir a Torreón, Coahuila, muchos años después, cuando él ya había muerto.

En Chihuahua, abrió un almacén de abarrotes al por mayor, el cual surtía tiendas pequeñas de los alrededores y en los pueblos vecinos, también siguió en la industria minera, en el mineral de Naica, de lo que hablaré más adelante.

Mi tío Francisco, se casó con una hermosa napolitana, la cual nunca se quiso ir a vivir con él a Venezuela. Todos sus hijos (5), nacidos en Italia, ya mayores se fueron a vivir con su padre y fundaron un negocio muy próspero llamado, "Casa Domus", en el centro de Caracas. Solo Rina,

la menor se quedó con su madre y se casó con un Barón. A todos los conocí en nuestro primer viaje a Italia en 1960, y de ellos hablo en mis "Impresiones de Viaje".

Mi tío Miguel, se fué a Cuba, allí se casó, tuvo hijos y murió. Pascuale, se fué a Nueva York, (de él no tenemos noticias), y el menor, Juan, residió en El Paso, Texas, después en Saltillo, Coahuila, donde murió. Tuvo varios hijos, de dos esposas. De mis tíos, sólo Luisa, tan querida por todos, vivió en Sierra Mojada y después en Chihuahua, donde murió.

Cada uno de la familia De Stefano, tuvo una vida interesante, que sería largo y complicado narrar, pero creo que la de mi tía Rosa, vale la pena contarla, porque es una hazaña increíble para su época.

Mi tía Rosa, fué la mayor de las hermanas de mi padre, así que este relato sucedió hace más de 100 años.

Era alta y hermosa. Tenía mucho carácter y era muy decidida, nada la arredraba. Se casó muy joven, con el único novio que tuvo, un buen mozo del mismo pueblo, apellidado Matarazo. Varios años después de casados, abandonó Padula para buscar fortuna en Brasil. Atrás se quedó Rosa con un hijo de dos años. Pasaron cinco años sin que mi tía tuviera noticias del esposo ausente. Languidecía, marchitándose en casa de sus padres, dedicada a su pequeño retoño, que constantemente preguntaba por su progenitor.

Cuando menos lo esperaba, llegó a Padula uno de los compañeros de Matarazo. Hablaba maravillas de aquel país lejano, que ofrecía tantas oportunidades para la gente joven, deseosa de trabajar y prosperar. Sin embargo, para él, el clima era sofocante y no pensaba regresar. Le trajo muy buenas noticias de su esposo, gozaba de muy buena salud, pero aún no podía mandar por ella y vivía en unas condiciones muy precarias, en plena selva brasileña... le pidió que tuviera paciencia, que la quería y la extrañaba mucho, al igual que a su hijo; y le enviaba unas monedas de oro.

Rosa tomó una decisión con ese oro, iría ella a reunirse con su marido. Ni súplicas, ni amenazas, ni consejos de mis abuelos doblegaron su voluntad apasionada e intrépida. En unos cuantos días preparó su viaje y acompañada de su pequeño hijo de 7 años, partió rumbo a Nápoles, a esperar un barco de carga que la llevara a su destino.

Un viaje de esa naturaleza, peligroso por los largos meses de travesía, porque toda la tripulación era masculina, estaba vedada para una mujer joven y bonita.

Después escribió, que ningún hombre le faltó al respeto, porque el capitán, (rudo lobo de mar), la tomó bajo su protección y se encariñó mucho con el chiquillo. Pero, ¿cuántas penalidades y angustias habrá pasado?

Desmejorada, pálida y desnutrida, llegó a Río de Janeiro, después de

haber atravesado el océano, ya que por buena suerte o afortunada casualidad, unos inmigrantes italianos, (ella por supuesto no hablaba el portugués), la ayudaron a llegar en carreta de mulas al apartado rincón donde trabajaba su marido, en plena selva oscura y misteriosa, sembrando y recolectando café.

Se presentó en la humilde choza con la ropa hecha pedazos, los pies casi descalzos y sangrantes y con su hijo en las mismas tristes condiciones, y cual no sería su sorpresa, al encontrar al hombre amado, por el cual había pasado tantos sufrimientos, viviendo con otra mujer.

La mulata voluntariamente y sin ninguna presión, salió del hogar y le cedió el sitio que le correspondía. Mi tía comprendió a su marido y lo perdonó. Vivieron muchos años unidos, tuvieron muchos hijos y amasaron una gran fortuna. Nunca regresó a Italia, jamás volvió a ver a sus padres, ni a sus hermanos; espero que haya sido feliz, como se lo merecía.

Yo siento una gran admiración por esa mujer fuerte, cuya entereza y energía la llevaron a superar todos los obstáculos, y a formar una gran familia en esa tierra inmensa y desconocida.

A principios del presente siglo, vivían todos los hermanos que vinieron a esta Tierra Bendita, en el norte de la República Mexicana, mi tío Juan casado en Saltillo, Coahuila; mi tío Antonio casado, una parte del tiempo lo pasaba en Italia, otra en El Paso, Texas y el resto en Chihuahua. Mi tía Luisita, casada en Sierra Mojada, Coahuila y, mi padre soltero en Chihuahua.

Tengo como un tesoro, los retratos de mis abuelos, hechos por un magnífico pintor italiano, a fines del siglo pasado. Siempre estuvieron en sus hermosos marcos dorados, en la alcoba de mi padre. A pesar de que le correspondían a alguno de mis hermanos, quiso que fueran para mí, sabía que yo los conservaría con devoción. Desde entonces me miran desde una de las paredes de mi estudio, a mí también me gusta mirarlos, saber que están allí, que son parte de mí; descubro en ellos tantos rasgos familiares. Mi tía Luisita, la única tía que conocimos de pequeños, se parecía tanto a mi abuela en lo físico y en lo moral. Ella fué para nosotros como esa abuela que no tuvimos y a la cual quisimos tanto, ya hablaré más adelante de la huella profunda que su naturaleza dulce y sensible y su piadosa alegría dejó en nuestros corazones de niños.

Después, en Italia conocí a mi tía María, la más joven de toda la familia. Tenía más de 70 años y cuando fuimos a Bucino, el pueblo donde vivía, andaba recolectando la uva. ¡Qué alegría tan enorme le dió conocerme! Fué como si se borraran los años y de aquella América lejana le llegara un soplo espiritual y fraternal de todos aquellos hermanos que nunca volvió a ver.

Cuando nos despedimos con lágrimas en los ojos, nos colmó de carnes frías, quesos y frutas y dos botellas de vino. Al arrancar el coche por la estrecha callejita empedrada, se quedó allí en el umbral de su

humilde casa, frágil figurita vestida de negro, con el rostro surcado de arrugas que tenía una suave dulzura infantil.

Todos los hermanos de mi padre han muerto en diferentes partes del mundo. Todos los primos que he conocido también en diferentes partes del mundo y en México naturalmente, sentimos una gran afinidad, y nos une un cariño fraternal. Son fuertes los lazos de sangre entre nosotros.

Este sentimiento, que aún perdura, complacería a nuestros padres.

UN EXTRANJERO QUE AMO A CHIHUAHUA

Palabras escritas por:
Martín H. Barrios Alvarez,
en el Periódico "El Heraldo" de
Chihuahua, el 5 de mayo de 1950.

...y otras palabras han sido recogidas en el libro de la memoria de la Asociación de la Ciudad de México, el 5 de Mayo de 1950.

"Don José De Stefano, originario de Padula, cerca del Golfo de Salerno, Italia, llegó a Chihuahua en 1898. Primero residió en el mineral de Sierra Mojada, Coahuila, donde explotó en compañía de otros familiares ricos fundos mineros, posteriormente vino al Estado y continuó dedicado a la minería y al comercio, habiendo prosperado en ambas actividades, sobre todo en el mineral de Naica, donde organizó poderosa compañía minera "Lepanto" e instaló una tienda de abarrotes llamada "La Bella Napoli".

Hubo aquí floreciente colonia italiana, a un grado tan importante que su majestad el Rey de Italia, hubo de establecer un consulado cuyo titular fué Giuseppe De Stefano, caballero lleno de bonhomía, muy popular en toda la ciudad por el cariño y la devoción que profesó a Chihuahua. De carácter francamente romano, se hizo querer y respetar en nuestra ciudad y siendo Cónsul se dedicó en el orden intelectual a divulgar periódicos y revistas de su país. Durante la primera guerra mundial fundó un centro de estudios del italiano que se vió muy concurrido. Merced a su acción, llegaron a Chihuahua obras de Gabriele D' Anunzio, Manzoni, Carducci, etc., etc.

Siempre desarrolló gran actividad y en el ramo de comercio por su honorabilidad, don de gentes y su magnificencia, tuvo siempre la estimación de cuantos se acercaron a él en busca de su amistad.

Aún se recuerda en esta ciudad que entre las muchas personas a quienes Don José impartió su ayuda siendo Cónsul de Italia fué al Ing. Melquiádes Angulo, ex Secretario de Comunicaciones, en el gabinete del Presidente Lázaro Cárdenas. Intercedió cerca del General Villa, cuando aquel profesionista, por azares de la Revolución, estuvo a punto de ser fusilado. Las gestiones de Don José en este caso, como en muchos otros, tuvieron éxito y le salvó la vida, como salvó muchas otras."

Martín H. Barrios Alvarez

Estas son palabras mías: Meses después, el Ing. Angulo le escribió una conmovedora carta agradeciéndole su intervención que no olvidaría jamás.

Viuda ya, mi madre vino a México a visitarme y después de varias semanas, logró entrevistarse con el Ing. Angulo, que ya ocupaba el puesto importante antes mencionado, solicitó empleo para mi hermano René y le fué negado.

Mamá, con gran resignación y una honda filosofía, comentó: "No hay que sorprenderse, así es la naturaleza humana. La gratitud es de gente bien nacida".

Esas últimas palabras han sido norma en mi vida, jamás olvido un favor recibido.

Diez años después, en una serie que publicó el mismo autor sobre distintos personajes de la ciudad, volvió a escribir.

SILUETA DE DON JOSE DE STEFANO

Escribe: Martín H. Barrios Alvarez
Periódico: "El Heraldo",
miércoles 6 de julio de 1960.

"No es una biografía, sí es el retrato de un hombre, italiano por los cuatro costados y quien, (sin embargo), amó a México con hondura sentimental y con cariño que ya quisiéramos muchos. Por ello es que me ocupo de él al recordar su presencia física, caminando, lentamente, por las calles de esta ciudad de Chihuahua, saludando siempre ceremonioso, enfundado en su traje siempre correcto.

Tenía alta y despejada la frente; reían en sus globos los ojos, perdidos en un tinte azul, que destacaba de la esclerótica blanquísima que siempre comparé con la blancura de su camisa, toda ella alba, sin mácula.

Se le veía por las tardes y por las noches, desembocar por alguna calle. Siempre me impresionaba su saludo. Pero más lo musical de su voz, en la cual, el idioma español tomaba una sonoridad que me llamaba la atención.

Era como la mezcla del idioma de Carducci y el idioma de Cervantes. O para valerme de un símil, era como si se pusiese en un vaso, el vino de las ventas españolas y se le mezclara con chiantti de los viñedos de Florencia.

Pero, lo que más me conmovía era su manera de hablar, llena de musicalidad.

Yo lo veía, desde pequeño. De improviso, se me perdió de las calles.

Yo estuve ausente de mi ciudad, pero al regresar lo extrañé. Y pregunté por él y se me dijo que ya había dicho adiós a la vida. Y me sentí triste. Triste porque faltaba uno de los personajes que decoraban a mi ciudad. La decoraba por lo que he dicho, pero también por esto otro que debo contar: su sentido profundo de humanidad.

Me contaba mi gente, mi padre y mi madre que, Don José, había arribado a México en pos de fortuna. Y para ello había establecido una tienda de abarrotes, o de ultramarinos, como se decía antiguamente, en el Mineral de la Sierra Mojada, del estado de Coahuila, que después en compañía de su hermano Antonio se había establecido, con igual giro comercial, en Santa Bárbara, después Santa Eulalia y, posteriormente, en la ciudad de Chihuahua.

Por su trato, su finura, su don gentil, le hizo conquistar amigos sin número y también una posición, de noble relevancia. Llegó, con tal motivo, a ser Cónsul de S. M. el Rey de Italia. Y este dato, que Chihuahua reconoció, le permitió ejercitar ese sentido humano de que antes hablé.

¿ Cómo ?

Con una actuación que, en los días álgidos de la Revolución, lo llevó en compañía de los cónsules de Francia, Ramonfour y del cónsul inglés, Don Thomas Dale, acercarse a los capitanes de las diversas facciones revolucionarias y suplicar, con súplica llena de gentileza, el perdón de la vida.

- ¿ De cuántas gentes ? -
- Incontables ... Sí, incontables. -
- ¿ Por modo exclusivo, mexicanos ? -
- No; de manera alguna. Pudiera decirse que este varón, italiano, tenía una conciencia universal.

¿ Por qué ?

- Los hechos son reveladores; defendía la vida de quienes, por algún motivo, caían en manos de las facciones revolucionarias. Garantizaba, con su propia palabra, que no ofrecerían resistencia, ni obstáculo alguno posteriormente, llamáranse mexicanos, chinos, árabes, hombres o mujeres.

Y es que, este sentido humano lo traía en la sangre. Le horrorizaba, no solo por razones francamente sentimentales, sino tal vez hasta estéticas, el derramamiento de sangre.

¡ Ello sería horror ! - - - Además de un error.

Porque, ¿ no ven ustedes que cada vida que se pierde es una energía que necesita al Messico para su propia grandeza ?

Y los generales y los capitanes, el mismo Villa, el general Rábago, Chao, Urbina, Baca Valles, oían su palabra y permitían que los

prisioneros fueran, incluso, a dormir a la residencia del señor agente CONSOLARE DE S. MAJESTA il REY D'ITALIA.

Yo le recuerdo bien en estas andanzas. No solo durante las mañanas, no únicamente en las tardes. No, aventurábase en estas actividades encaminadas a la salvación de las vidas, de las proximidades de la muerte, a la hora que era llamado. Incluso, a altas horas de la noche o por las madrugadas.

Chihuahua tiene todos los climas agudos, fuertes, bien definidos. En su acción a todas horas, a él no le importaban ni el sol, ni el viento, ni la lluvia. Y en este camino, muchas ocasiones, bajo los rigores del frío inclemente allá se iba, con su paso lento, cuando así debía ser, otras rápidamente trepando las escalinatas de los Palacios o llamando a las puertas de los próceres.

En esta actividad, justo es consignar que dejó memoria de su acción. Una acción que todavía hace derramar lágrimas de agradecimiento de los descendientes de aquellos, cuyas vidas pudo salvar.

En esta evocación yo lo veo pasar por las calles.

Sentado, a veces, en una banca del Parque Lerdo de Tejada, conversando con gentileza con todo el mundo; haciendo amigos, atando vínculos de amistad para él y para el país que representó. En esa conducta, coadyuvó a la fundación del Asilo de Ancianos, a la fundación del Foreign Club, a la fundación del Club Rotario. Y, rodeado de sus hijos, iba forjando cada día, coronas de simpatía y guirnaldas de atención que Chihuahua ha aquilatado siempre.

Del árbol de su familia ha habido frutos lozanísimos. Y ellos mejor que otros, sabrán aquilatar, con la obra de este extranjero, oriundo de la patria feliz de Dante, quien ahora en el recuerdo de la hidalguía y el emblema el servicio generoso de la entrega diaria a la vida fecunda de su patria, de México y de la Humanidad.

¡Y este recuerdo, sea la siempreviva que decore su tumba en la hora del crepúsculo cuando la tarde agoniza!"

Sus padres solían

Martín H. Barrios Alvarez

Solemne que la hija

sustancia de su familia, que la hija de su familia, que la hija de su familia

sustancia de su familia, que la hija de su familia, que la hija de su familia

sustancia de su familia, que la hija de su familia, que la hija de su familia

sustancia de su familia, que la hija de su familia, que la hija de su familia

sustancia de su familia, que la hija de su familia, que la hija de su familia

sustancia de su familia, que la hija de su familia, que la hija de su familia

sustancia de su familia, que la hija de su familia, que la hija de su familia

sustancia de su familia, que la hija de su familia, que la hija de su familia

sustancia de su familia, que la hija de su familia, que la hija de su familia

sustancia de su familia, que la hija de su familia, que la hija de su familia

Capítulo 8

SEMBLANZA DE MI MADRE

Mi abuelo Giovanni Puppo, era genovés. Muy joven y pobre desertó de la Marina Mercante Italiana y se quedó en el puerto de Galveston, Texas. Era un hombre de temple, ni el idioma, ni la falta de familia y de recursos lo amilanaron. Trabajó sin descanso en los muelles, haciendo de todo y sobre todo aprendiendo. Reunió el dinero suficiente para comprar un barco pesquero y al cabo de los años tenía una flotilla y un negocio floreciente. En la parte antigua del puerto levantó un edificio de cantera con su nombre, ya traducido al inglés, "John Puppo".

Se casó con una linda joven, María Antonietta Maza, de la alegre y muy francesa ciudad de Nueva Orléans. Hija de emigrantes italianos, era para la época, una mujer enérgica y decidida, con un gran sentido para los negocios.

Desde recién casada, (1880), tomó bajo su cargo la administración de los negocios de su esposo, así cuando mi abuelo salía a alta mar con sus barcos pesqueros y tardaba semanas en regresar, ella se encargaba de todo.

Tuvieron dos hijas, después llegó el ansiado varón, mi tío Juan, y dos años después nació Blanche, mi madre. Diez años después, cuando mamá ya vivía en Monterrey, nació la última de la familia, mi tía María, a la cual conoció cuando ya tenía 6 años.

La vida de mi madre fué distinta, singular y triste hasta cierto punto. Cuando mamá tenía 8 ó 9 años, una hermana de su padre, mi tía abuela llamada también María Antonietta, fué por ella a Galveston, Texas, para llevarla a vivir a su lado. La buena señora tenía un hijo único adoptivo, y el propósito de llevar a la más joven de sus sobrinas era para educarla a su modo y al estilo mexicano, para que se casara con su primo, que sería el heredero de su gran fortuna. Era un arreglo familiar muy común y aceptado en esa época.

Sus padres sabían que su ausencia no era temporal, sino definitiva. Solamente que la niña no se adaptaría al nuevo estilo de vida, y a la ausencia de su familia, podría regresar. De todas maneras la engañaron, diciéndole que iba a pasar una temporada de vacaciones, y la dejaron partir. Mamá jamás les reprochó semejante actitud, nunca se lamentó de su falta de amor y siempre se expresó de ellos con respeto y cariño. Pienso que debe de haber sido doloroso que a una niña obediente y afectuosa, y entonces la más pequeña de la pequeña familia, la enviaran a vivir a un país extraño, con una persona extraña, que aunque fuera su tía, hasta ese momento, nunca la había visto. No puedo entenderlo, ni encuentro justificación alguna.

Mis abuelos maternos tenían ya una buena posición económica, ¿cómo

pudieron desprenderse de una hija tan amada? Seguramente la tía viuda y rica les pintó un mejor porvenir para su hija, y realmente así fué. Su tía la quiso desde un principio como a la hija que nunca tuvo.

La educó en el mejor colegio de la ciudad, "El Sagrado Corazón", donde aprendió todo lo que aprendían las niñas acaudaladas: piano, dibujo y pintura, bordado, tejido, hacer crochet, (para todas estas cosas tuvo asombrosas facultades), e idiomas, ella siguió con el italiano e inglés para no olvidarlos; además adquirió una refinada educación y bases morales muy sólidas.

Pero al principio debió de haber sufrido, no hablaba el español, no conocía las costumbres de su nueva patria, extrañaba a sus padres y a sus hermanos, sobre todo a Juan, siempre lamentó no haber crecido junto a él. Se llevaban bien y se escribían cariñosas cartitas.

¿Por qué sus padres supusieron que la niña sería más feliz lejos de ellos? Ahora, si mi abuela fué una mujer sensible (así quiero suponerlo), debe de haber sentido una dolorosa amputación, y quizás sufrió más de lo que uno pueda imaginar, sobre todo cuando murió, ya que su hija mayor, que había muerto trágicamente un año antes, y mi madre no estuvieron a su lado.

Tenía 16 años y la boda se había fijado para cuando cumpliera los 18. Su madre fué a Monterrey a visitar a su hija y a conocer al novio que tenía 25 años.

Quedó gratamente impresionada de su futuro yerno, y del ambiente en que vivía, rodeada de lujo y de comodidades. Vestía a la última moda de París. En los retratos que conservo, se ve el buen gusto y la elegancia de la ropa y de los sombreros, tenía muy buenas alhajas, y la casa donde habitaba estaba en la calle Morelos, en el centro de la ciudad y era muy grande y hermosa. Creo que quedó satisfecha de haber tomado esa decisión. Sus dos hijas mayores se habían casado con modestos empleados de ascendencia irlandesa, la primera con un señor Maquire, la segunda con un señor McNamara, y después la tercera se casaría con un señor O'Brien.

Pero el destino suele jugar bromas pesadas y dolorosas. Un año después, el primo y futuro marido se mató en un trágico accidente. El abatimiento de su madre ante semejante e inesperada desgracia fué muy grande, menos que nunca quiso separarse de la que consideraba su propia hija.

Necesitaba su amor y su compañía. Acompañada de mamá, fué expresamente a Galveston a pedirle a su hermano que no se la quitara. Lo comprendieron los abuelos y aceptaron que siguiera viviendo a su lado. La habían perdido para siempre, quizás ella ya tampoco deseaba regresar. En realidad llevaba mejor vida que sus hermanas.

Corría el año de 1906. Un par de años después, su tía se volvió a casar con un hombre menor que ella. Poco a poco la fué despojando de su fortuna, haciéndola firmar documentos y acciones a su favor. Mamá, a

pesar de su juventud e inexperiencia en asuntos financieros, se daba cuenta de los malos manejos del vividor, pero su tía tenía un vendado en los ojos.

Mi padre radicaba en Chihuahua. Tenía 40 años y una sólida posición económica, era un buen partido y un soltero bastante solicitado. Había llegado el momento de contraer matrimonio. Recordó que unos años antes, había conocido en Monterrey a una linda joven morena de exquisitas facciones, profundos ojos oscuros y hermosa cabellera negra, modales finos y excelente educación, que lo había impresionado favorablemente. Cultivaba amistad con la familia y solicitó el permiso para sostener relaciones con su sobrina. El noviazgo fué muy breve, más bien epistolar, y se redujo a una media docena de cartas que tardaban mucho en llegar a su destino, por la situación crítica que reinaba en el país, sobre todo en los estados del norte.

Cuando mi padre fijó la fecha de la boda para Diciembre de 1912, fué aceptada de inmediato. Al nuevo tío le estorbaba la sobrina, y era una buena manera para deshacerse de ella y mejor aún, porque irían a vivir a Chihuahua, y las condiciones para viajar eran difíciles y peligrosas.

Mi tía abuela, Doña María Antonietta Piazzini, (así se llamaba ya), quería darle a su sobrina su dote, al estilo europeo. Mi padre no aceptó, (mi madre siempre lamentó esa delicadeza), pero sí le obsequió un espléndido ajuar, objetos de arte y alhajas, algunas todavía conservamos.

Inexplicablemente, mis abuelos maternos no estuvieron presentes. Los tres hijos mayores estaban casados y con hijos pequeños, quizás por esa razón no pudieron concurrir. Una vez más, mi madre estuvo sola en una ocasión tan especial.

La ceremonia civil y religiosa se llevó a cabo en la residencia de la familia, que lució brillante iluminación y suntuosos adornos de crisantemos blancos. Y aunque fué muy íntima, estuvo bastante concurrida. Se sirvieron bocadillos, el tradicional pastel y se brindó con champaña.

Por los retratos nos damos cuenta de lo apuesto que lucía papá, con su bien cortado traje de etiqueta y mamá, muy linda con su vestido de novia confeccionado en seda francesa y encajes de Bruselas, se adornaba con valiosas joyas de familia.

La joven desposada dejaba a su tía con el corazón destrozado; después le escribía lo mucho que lamentaba haberla dejado casarse con un fuereño, en Monterrey tenía varios pretendientes de buenas familias y magnífica posición económica.

Mamá imaginaba que las cosas no andaban bien y no podía correr a su lado, pues los niños llegaban uno tras otro.

Por buena suerte, la incauta señora murió unos años después, sin darse cuenta cabal de que su marido la llevaba a la ruina. A mi madre, que la

habían sacrificado para que heredara esa fortuna, no le tocó nada.

Desde que siendo niña, mamá salió de Galveston, Texas, solamente vió a su madre en tres ocasiones y a su padre en dos, cuando fué a Monterrey a visitarla. La segunda, en 1908, después de la muerte de su primo, cuando su tía y ella fueron a Galveston. La tercera en 1917. Quiso que sus padres y sus hermanos conocieran a su esposo y a sus dos pequeños hijos. Rentaron una suite en el mejor hotel del puerto y un carroaje con soberbios caballos. Llevaban a la Nana Cuca para que atendiera a los niños.

Todo esto como era natural, causó una magnífica impresión en la familia.

Creo que deben de haber pensado que después de todo, su hija lejana había hecho un buen matrimonio y tenía un buen hogar. Nunca más los volvió a ver; mi abuela murió unos meses después. Solamente tenía 51 años.

De la fortuna de mis abuelos, casi no le tocó nada. A mi tía María, por ser soltera cuando su madre murió, le tocó la casa grande donde vivían, (yo la conocí en 1935, cuando acompañé a mamá para los trámites de la testamentaría; mi abuelo murió en 1934), con todos los muebles y cristal cortado, ya que tenía maravillas, porcelanas, cuadros y demás. Mi abuelo las desheredó cuando se volvió a casar con la enfermera que lo atendía. Parece que ninguna de las dos hermanas que vivían en Galveston quisieron, o no pudieron atenderlo. Ambas estaban divorciadas y vueltas a casar. De la parte de su madre había varias fincas, que se repartieron entre los hijos de mi tía Antonietta, muerta en 1916, y de mi tío Juan, también murió joven, (41 años), en 1927. A mamá, como se había casado con un rico, le dieron unas casitas duplex muy deterioradas y muy viejas; como tenía urgencia de venderlas, creo que le dieron \$ 12,000.00 dólares por ellas. Y mis tíos, como una limosna, le dieron algunas cosas de porcelana antigua, algunos objetos personales, (su rosario y su libro de misa), y un anillo con un brillante muy grande y muy limpio, que perdió el mismo día que se lo puso. Ella no quería usarlo, le parecía que estaba flojo, pero mi tía María insistió. Mamá siempre tuvo la idea que habían cambiado la piedra original por una buena imitación.

Mi padre también perdió toda su fortuna. Así que mamá, que debió de haber sido acaudalada por tres lados diferentes, acabó su vida sin caudales.

Ella decía que: *Su mayor riqueza había sido su salud, su vida plena y el tesoro de sus hijos. Era más que suficiente.*